

JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ MORCILLO

DON BENITO (BADAJOZ)

HISTORIAS RECIENTES I

Recuerdo cuando era niño, hace de eso algunas décadas, las calles sin coches, empedradas. En las esquinas había fuentes públicas donde las vecinas cargadas con cántaros acarreaban agua, en los patios había grandes tinajas donde se almacenaba para poner los garbanzos y para más cosas que no recuerdo por ser muy niño. Eran unos tiempos en los que no existía Internet, no nos llamábamos por móvil y tenía teléfono fijo quien lo tenía. No nos llevaban en coche al colegio, no jugábamos a la Nintendo, no íbamos a clase de inglés por la tarde ni tampoco nos regalaban un ordenador portátil cuando hacías la comunión. Éramos niños de la calle, con pantalones cortos, las piernas llenas de cardenales, que jugábamos a lo bruto y decíamos picardías.

Aquellos tiempos todos teníamos un tío José que no tenía hijos y que se llevaba a sus sobrinos a pasar la tarde a la viña, jugábamos en el campo y cuando más sudorosos estábamos nos refrescaba el agua del pozo. Nos montaba en su burra y cuando se descuidaba un poco echábamos carreras por esos caminos polvorientos. El tío José se enfadaba, nos gritaba y echaba a correr detrás de la burra con sus dos sobrinos jugando a vaqueros. La tarde no se presentaba tranquila y sin trastadas casi nunca, cuando no le pisoteábamos la cebada al vecino, con el arco hacíamos exhibición de puntería con las sandias o lo mismo tocaba tarde de peleas en un montón de arena.

Todos los juegos tenían un contenido muy físico, eran carreras, empujones, tirarse piedras, jugar a burro en pipa, al rescate, etc. Nosotros no éramos mucho de bolindres, luego con la modernidad de la televisión unos años más tarde nos enteramos que se llamaba jugar a las canicas. Pegar patadas a una pelota o un balón eso siempre tuvo mucho tirón, pero los de mi generación teníamos porterías imaginarias en la fachada de cualquier vecina hasta que salía "señó Guillermo" y con cara enrojecida del cabreo y con gesto de comerse al primer chiquillo que pillase, nos invitaba con mucha cortesía a que diéramos la tabarra en nuestras puertas. El señor Guillermo siempre acababa encendido como una brasa de picón y lo peor que podía hacer era gritar y enfadarse tanto, los niños de la calle que teníamos mucha psicología y gritos pegados lo tomábamos a "chunga", en ese momento decretábamos retirada pero al día siguiente allí estábamos otras vez, en su puerta. No éramos malos niños, ni desobedientes, no tener juegos en Internet ni academia de inglés por las tardes nos obligaba a estar en la calle muchas horas donde crecíamos sanos y un poco brutos.

En las calles teníamos por aquellos años unas bombillas que iluminaban poco más que un candil, eran unas luces cálidas que creaban un ambiente muy de pueblo, muy entrañable. Nos gustaba por las noches de verano juntarnos bajo ellas y contarnos nuestras cosas de niños, nuestra imaginación también volaba, nos contábamos cosas de la escuela, cuentos de miedo. No teníamos grupos de WhatsApp pero bajo aquellas bombillas interaccionábamos mucho. Mira por donde, una noche una señora mayor, vieja que diríamos entonces, con su luto correspondiente y su pañuelo negro tapándole su pelo cano nos dijo muy bajito "cuidado con lo que decís cerca de la bombilla que no sólo da luz, también escucha las conversaciones de la gente y se lo cuenta a la policía que vigila el orden público y a los conspiradores". Nosotros, entonces no entendíamos ni sabíamos nada de política pero si que de algunas cosas había que callar o hablar muy bajito para que no te oyera nadie. Aquella señora vieja no creo que hubiera leído a Orwell ni conociera ningún "Gran Hermano", ni siquiera si lo

decía por el efecto de cuarenta años de hablar bajito o simplemente para tomar el pelo burlonamente a cuatro niños con las piernas llenas de cardenales, corte de pelo y flequillo a lo tazón y orejas de soplillo. De cualquier manera aquella revelación no nos pasó desapercibida, de cuando en cuando que nos acordábamos, se constituía un comité infantil de resistencia ante la opresión y para la defensa de las libertades públicas, hacíamos puntería con las piedras que había en abundancia en la calle. La policía de orden público tenía enfrente a una guerrilla tenaz y con buena puntería. Tampoco sabíamos ni de tasas municipales, gasto público ni nada de eso, ahora se diría de nosotros y para desprestigiar nuestra labor que éramos unos vulgares gamberros callejeros, todo lo contrario, éramos la avanzadilla infantil de una generación que se estaba preparando para combatir la intolerancia.



Foto: eldiario.es

José María Sánchez Morcillo nació en Don Benito en el año 1965. Es abogado y técnico Superior de Recursos Humanos. Con despacho propio y asesoría jurídica laboral entre los años 1993 a 2002, en la actualidad y desde el año 2002 trabaja como técnico superior de Recursos Humanos en el Consorcio Ciudad Monumental de Mérida.